Álvaro Mutis

El aprendizaje del morir

Adolfo Castañón

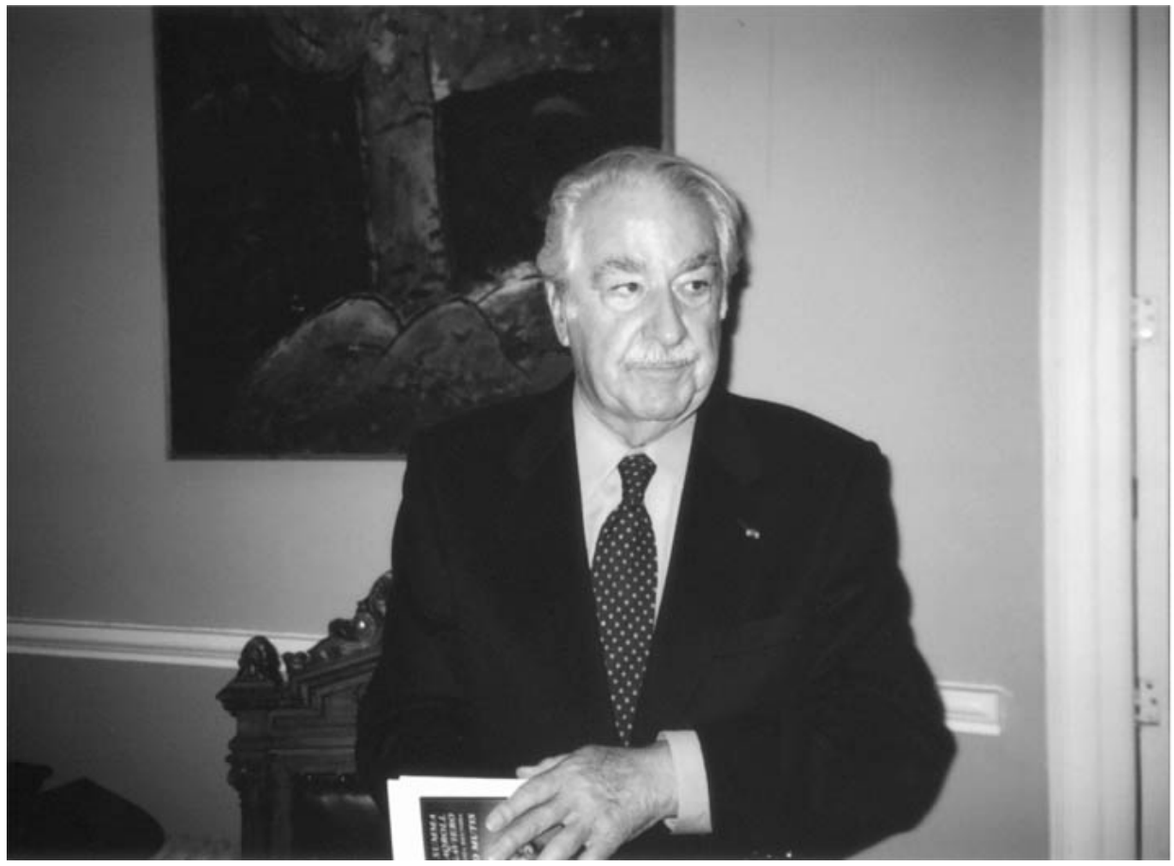
Al escritor colombiano Álvaro Mutis (1923-2013) le debemos una obra lírica que nació clásica y que hunde sus raíces tanto en el Siglo de Oro como en los grandes poetas de la primera mitad del siglo XX. Con sus títulos de ficción, como Ilona llega con la lluvia, *se reveló como un narrador de aliento conradiano. Presentamos un ensayo de Adolfo Castañón y una entrevista que concediera Mutis a Ignacio Solares en 1974.*

La partida de Álvaro Mutis de esta doliente tierra alta se dio en un momento en el cual México y Bogotá se parecían mucho —según él mismo me dijo la lluviosa tarde del 9 de septiembre en que lo fui a visitar con su esposa Carmen para llevarle noticias frescas del Homenaje que se le había tributado en una Colombia que parecía tan flagelada como este Altiplano por la meteorología física tanto como social... Con la partida de Álvaro Mutis viene la marea alta, el ras de marea, la marea que viene de regreso. Su obra poderosa y relampagueante hecha de palabras vividas en la experiencia y en el sueño como la de su hermano de humor Gabriel García Márquez, es para nosotros, de nuevo, como una boya que deslinda las corrientes en el mar de la historia y nos señala la tierra firme. Brisa de laurel para el Poeta Laureado.

***

Reseña de los hospitales de Ultramar consta de catorce textos de variable extensión. Es una sucesión o teoría de poemas en prosa, letanías, fragmentos, versos de arte mayor, exvotos, viñetas, estampas, cuadros, parábolas e imágenes, cartas y comentarios trazados en torno a una arquitectura imaginaria como en una tapicería. El libro fue publicado originalmente en las prensas de la editorial de la Universidad Veracruzana avecinada en Xalapa —una ciudad, por cierto, con atmósferas de región cafetalera—, y en una editorial que por entonces dirigía el escritor Sergio Galindo, por los mismos años en que publicaría *La hojarasca, Los funerales de la Mamá Grande* de Gabriel García Márquez, *Ese puerto existe* de Blanca Varela, *El sueño creador* de María Zambrano y *Magia de la risa* de Octavio Paz.

Álvaro Mutis había publicado en la revista *Mito* cuatro poemas del libro en 1955, a los treinta y tres años y veintiún años después de la muerte de su padre Santiago Mutis Dávila. Cuando da a la estampa *Reseña de los hospitales de Ultramar*, Mutis tiene treinta y siete, vive en México, y ya ha pasado por la experiencia que lo llevó a la cárcel de Lecumberri —una experiencia acaso



© Javier Narváez

Álvaro Mutis

providencial, dictada por una misteriosa justicia poética—: podrían trazarse paralelos y correspondencias entre la experiencia carcelaria mexicana y los espacios de esa desolada arquitectura de los Hospitales de Ultramar que, por momentos, parecen inspirados en la inquietante arquitectura imaginaria de las cárceles de Giovanni Battista Piranesi.

El mundo de Mutis aparece aquí ya completo e integrado, de hecho ya anunciaba su profunda e inquebrantable unidad desde su primer libro *Los elementos del desastre* (1953), en el que aparece la "Oración de Maqroll" y con ella la mitología y el orbe imaginario que Mutis galvanizaría en *Reseña de los hospitales de Ultramar.*

El primer poema es un "Pregón", un género que no le sería ajeno. Está enunciado con la entonación de un director de circo que invita al auditorio a contemplar el espectáculo de las diversas enfermedades y enfermos que ahí se alojan. Dato ineludible: para el narrador de Mutis, el sujeto elocuente que va creando y tomando posesión de su territorio a medida que lo enuncia y describe, el dolor es una representación, la enfermedad habitualmente secreta y sigilosa, un espectáculo cuyo heraldo es esa voz que invita el voyeurismo "de esta gran casa de los enfermos". El lema central de este pabellón de catorce galerías se teje en un infatigable ir y venir, un ir y volver del dolor a su representación, del sufrimiento al espectáculo, de la imagen a la agonía, y de ésta a la clasificación. *Reseña de los hospitales de Ultramar* organiza y brinda una clasificación de agonías y de posibilidades o actitudes del morir bajo la forma amable de un relato poético y legendario.

Una atmósfera castrense recorre con solemne paso marcial, compás médico y mirada de naturalista esos espacios desolados. La escenografía recuerda el castillo amurallado de *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati o el fuerte de *Le Rivage des Syrtes* de Julien Gracq. Estos espacios huelen a *El castillo* de Franz Kafka, pero sobre todo huele a ese rancio aroma inconfundible de la piedra vieja y gastada, impregnada de orines y herrumbre, salitre y sargazo reseco como las rancias exudaciones que impregnan, por ejemplo, la iglesia de los negros de San Pedro Claver en Cartagena o las celdas y mazmorras de San Juan de Ulúa en Veracruz o los sótanos y guarniciones de El Castillo del Morro en Puerto Rico.

Los epígrafes del libro extraídos de antiguos libros de historia de la medicina como la *Historia de la medicina en las Indias orientales* de Van der Hoyster (1735) los *Comentarios médicos de las Indias* de Juan de Málaga (1726) o la *Historiae Institutionabus Benefetientiae* de Pietro Martinoli (1789) dan una clave: cabe leer la serie de los catorce poemas a la luz de una historia de la locura, por ejemplo, la de la *Historia de la locura* y *El nacimiento de la clínica* de Michel Foucault. Las enfermedades que están en juego o sobre la mesa del quirófano poético son sobre todo y ante todo enfermedades mentales que tienen una raíz y una huella social y política.

Esto lo confirmaría el hecho de que el único hospital cuyo nombre se da a conocer es el "Hospital de los soberbios". ¿Quiénes son los soberbios? En un libro colectivo armado por el filósofo español José Gaos titulado *Filosofía y vocación* con las colaboraciones de sus alumnos Luis Villoro, Emilio Uranga, Ricardo Guerra y Alejandro Rossi, el maestro español recuerda que el rasgo psicológico dominante, el vicio si se quiere del filósofo es la soberbia que le dice al oído el secreto de su superioridad por el hecho de intentar medir el absoluto o medirse con él. Vamos haciendo la luz: ¿será que en el "Hospital de los soberbios" se alojan los filósofos y los intelectuales, aquellos que se creen superiores a los demás, los "listos"? Esta pista nos lleva a concluir que lo que se trata en el sentido médico, clínico y literario de la palabra en *Reseña de los hospitales de Ultramar* son esas enfermedades espirituales y mentales que corroen la espiritualidad y el corazón. El "Hospital de los soberbios" es un pabellón de los cancerosos ubicado en la selva tropical. La mirada del poeta, la mirada del poema, es la de un naturalista desinteresado dispuesto a distinguir en un tumor no sólo su virulencia sino su belleza y simetría. De las heridas lo que le interesa a Mutis, como diría Octavio Paz, es su forma, el dibujo que componen con su tatuaje tornasolado las llagas de los cuerpos dolientes Esos dibujos componen un alfabeto. Con él, esmalta Álvaro Mutis sus retablos poéticos. Hay en Mutis mucho de filósofo griego tardío, mucha madera bizantina, alejandrina. La carga de un pagano que conoció el cristianismo y volvió al paganismo con la sabiduría que destila en su seno el ambiguo vino de la cristiandad. ¿No es como un soldado cristiano, discípulo y sobreviviente de Adriano o Constantino?

En algunos casos, como en el fragmento "El Hospital de la bahía", el relato corre a cargo de uno de los inquilinos o internos del hospital. La reseña de los hospitales es una crónica y una escenografía: la narración progresa morosamente reconociendo el paisaje, es decir, con el tono del que vuelve a contar. Los paisajes reseñados ya han sido vistos antes por el narrador y parte de su técnica —de su saber hacer— estriba en ese simulacro del que vuelve a contar, reseña lo ya señalado. Pone en presente lo que ya pasó. El presente eterno del pasado imperfecto. Los hospitales alojan huéspedes, pacientes que están de paso y de viaje por el país de la enfermedad hacia la muerte, hacia el mar del morir.

Los hospitales pueden estar cerca de una bahía o a la orilla de un río, cerca de un aserradero; están o deben estar cerca del agua. Están en la orilla del tiempo, a la orilla de una historia en apariencia estancada, casi petrificada. Su dimensión parece situarse fuera del tiempo en un "Ultramar" fuera de la historia. No hay en apariencia acción: sólo las palabras que se filtran, la gotera del enunciado que se ofrece con una monotonía y tenaz variación musical sobre los mismos motivos. Los hospitales de Ultramar pueden estar en cualquier sitio, en la selva o a orillas del mar. En realidad de lo que se curan sus pacientes ahí es de la falta de experiencia, de las heridas y llagas de una voluntad rota, deshecha. La reseña culmina con un canto mortuorio, un lamento o treno titulado "Moirologhia". El texto parecería un canto arcaico, una urdimbre de versículos entresacados de la epigrafía funeraria. Con este canto la *Reseña* revuela su verdadera condición de libro de los muertos en cuyas páginas el juego que se desarrolla es el aprendizaje del morir, una pedagogía que se cumple como una gimnasia cuyas reglas de correlación y simetría son ante todo estéticas y las rige la plumada de la majestad. *Reseña de los hospitales de Ultramar* puede considerarse por ello un monumento funerario.

Palabras leídas el 27 de agosto de 2013 en la Sala Germán Arciniegas de la Biblioteca Nacional con motivo de la semana organizada por la Universidad Nacional para conmemorar los noventa años de Álvaro Mutis y de la publicación de *Reseña de los hospitales de Ultramar* en la colección Viernes de Poesía, en la ciudad de Bogotá, Colombia.